

entre el hombre físico y su medio físico. El que no puede adaptarse á las nuevas condiciones de la vida social deberá perecer, quizá con lentitud, pero seguramente. No queda más que como un objeto curioso, inútil, pero demasiado poco apropiado á su medio para no desaparecer al fin y al cabo.

CAPÍTULO VIII

LA HERENCIA PSICOLÓGICA MORBOSA

I

Al comienzo de este trabajo, en la introducción consagrada á la herencia psicológica, hemos mostrado rápidamente que las enfermedades son trasmisibles, como todos los caracteres de estructura externa ó interna, como todos los varios modos de la organización en el estado normal. Ahora se pone la misma cuestión en el orden psicológico. ¿Son trasmisibles los modos de la vida mental en la forma morbosa, como lo son en la forma normal? ¿Aporta el estudio de las enfermedades del espíritu su contingente de hechos en favor de la herencia?

La afirmación no es dudosa. La trasmisión de las anomalías psicológicas de todas clases, sea de las pasiones y de los crímenes, de que ya hemos hablado, sea de la locura, de la cual vamos á hablar, es tan frecuente, que ha chocado hasta á los espíritus menos observadores, y que la herencia psicológica morbosa es admitida hasta por aquellos que no sospechan que no es más que un aspecto de una ley mucho más general.

Se ha discutido mucho acerca de si todas las enfermedades mentales reconocen una causa orgánica, afirmándolo unos y negándolo otros.

Cuando se tienen en cuenta los hechos palpables, visibles, notados y aceptados por todos, se encuentran dos clases de casos; aquellos en que á los desórdenes del espíritu corresponden alteraciones evidentes del tejido de los centros nerviosos, y aquellos en que el encéfalo no presenta, por el contrario, ninguna alteración apreciable.

Fundándose en los hechos de la segunda categoría, algunos alienistas, Leuret, el más célebre entre ellos, han sostenido que la locura puede tener causas puramente psicológicas. Fisiología, patología, ciencia de los hechos y de las leyes del pensamiento ó de la pasión, observaciones clínicas y microscópicas, experimentación terapéutica, todo concurre, dice, á derribar esta tesis absoluta: que la locura tiene siempre y necesariamente su foco en una alteración de los órganos: todo concurre á dar los caracteres de la evidencia á esta definición de la locura: «La locura consiste en la aberración del entendimiento... y las causas que la producen obedecen en la mayoría de los casos á un orden de fenómenos completamente extraños á las leyes de la materia.» A pesar de estas afirmaciones categóricas, la tesis de Leuret ha encontrado de día en día menos adeptos, aun entre los filósofos. Es porque, en el fondo, no descansa más que sobre nuestra ignorancia y sobre nuestra impotencia; se reduce á decir que en muchos casos no hay causa física, porque no la vemos. Pero más allá de los límites que la potencia del microscopio no puede pasar, se producen fenómenos que no porque no sean apreciables á nuestros sentidos son menos materiales. Por otra parte, la idea de una enfermedad del espíritu, independiente de toda causa orgánica, es tan ininteligible, que los mismos espiritualistas la han rechazado, y que todo el mundo está de acuerdo en reconocer que la causa de la locura es siempre un estado morboso de algunos órganos; que la enagenación mental es, como las demás, una enfermedad física en su

causa, aunque sea mental en la mayoría de sus efectos (1).

Puesto que la locura tiene por causa inmediata alguna afección morbosa del sistema nervioso, y que toda parte del organismo es transmisible, claro es que la herencia de las facultades mentales está dentro de la regla. Poco importa aquí que se considere al pensamiento como una simple función del sistema nervioso, ó por el contrario, á éste como una mera condición de aquél. Nuestra psicología experimental, confinada en los hechos, remite á la metafísica toda investigación de las causas primeras.

Lo más embarazoso son las metamorfosis de la herencia. Con frecuencia las neuropatías no se transmiten, sino trasformándose. Las convulsiones de los ascendientes pueden convertirse en histerismo ó en epilepsia, en los descendientes. Se cita un caso en que la hiperestesia del padre ha irradiado en los hijos y ha producido la monomanía, la manía, la hipocondría, el histerismo, la epilepsia, las convulsiones, el espasmo... Los hechos de este género abundan. Para referirnos á las metamorfosis de orden psicológico, nada más frecuente que ver la locura convertida en suicidio, ó éste en locura, alcoholismo ó hipocondría. «Un platero, curado del primer acceso de enagenación mental, causada por la revolución de 1879, se envenena; más tarde su hija mayor es presa de un ataque de manía, que se convierte en demencia. Uno de sus hermanos se da una

(1) Véase Lemoine, *L'aliéné*, p. 105-137. La hipótesis de causas puramente psicológicas de la locura ha conducido á Heinroth á escribir las líneas siguientes, que valen la pena de ser citadas:

«La locura es la pérdida de la libertad moral; no depende jamás de una causa física, no es una enfermedad del cuerpo, sino del espíritu, un pecado. No es ni puede ser hereditaria, porque el yo pensante, el alma, no es hereditaria. Los transmisibles por medio de la generación son el temperamento y la constitución, contra los cuales debe recobrar el que tenga padres locos para no llegar á serlo. El hombre que durante toda su vida tiene ante los ojos y en el corazón la imagen de Dios, jamás tiene que temer la pérdida de la razón, etc.

enchillada en el estómago. Otro se entrega á la embriaguez, y acaba por morir en la calle. Un tercero rehúsa toda comida, á consecuencia de disgustos domésticos, y muere de anemia. Otra hermana, llena de extravagancias, se casó, y tuvo un hijo y una hija: el primero murió demente y epiléptico; la segunda pierde la razón, de un parto, se hace hipocondriaca y quiere dejarse morir de hambre. Dos hijos de esta misma señora mueren de una fiebre cerebral; un tercero muere sin haber querido coger el pecho (1).» Este caso es uno de los más instructivos: otros más oscuros nos dejan entrever relaciones curiosas entre el talento y la locura. Mucho antes de la famosa proposición de Moreau (de Tours) sobre el genio, Gintrac había notado el hecho siguiente: Un padre atacado de locura tiene hijos de talento, que desempeñan con distinción empleos públicos. Los hijos parecen al principio sensatos; pero á los veinte años se vuelven locos.

Reservamos para más tarde la difícil cuestión de las metamorfosis de la herencia (2). Sin embargo, no podemos eludir la necesidad de dar aquí algunos ejemplos de ellas, porque hay un grupo de neurosis en las cuales la trasmisión no es con frecuencia más que una transformación.

Las enfermedades nerviosas han sido tan bien estudiadas, en lo que se refiere á la herencia, que ésta en ninguna parte se manifiesta mejor. Muchas no entran en nuestro asunto (3). Las neurosis de la respiración, de la circulación, de la digestión, de la motilidad, no demuestran, en general, más que la herencia fisiológica. Las hay, sin embargo, que interesan á la psicología, porque sin formar parte del grupo de las enfermedades

(1) Priory, *De l'hérédité dans les maladies*, p. 169. Véase también Maudsley, *Pathology of Mind*, 244-256.

(2) Véase segunda parte, cap. IV.

(3) Para el estudio detallado de esta cuestión, véase Déjerine, *op. cit.*, cap. III.

mentales, confinan con ellas, y á ellas conducen: tales son la epilepsia, el histerismo, la hipocondría.

La herencia de la epilepsia, admitida por autores antiguos (Boerhaave, Hoffmann), negada enseguida, es cada vez más generalmente admitida, sobre todo desde que se ha comprendido que los desórdenes nerviosos que se traducen en esta enfermedad pueden hacerlo en fenómenos de otro orden completamente distinto en los ascendientes y los descendientes (convulsiones, histerismo, irritabilidad excesiva). Por otra parte, los experimentos de Brown-Séguard, de que hemos hablado en la introducción, han mostrado que la epilepsia producida artificialmente en los animales puede trasmitirse á sus hijos: lo cual demuestra esa herencia en forma directa y sin metamorfosis.

Lo mismo ocurre con el histerismo. Cuando no es un legado directo de los mismos padres histéricos, proviene de ascendientes hipocondriacos, epilépticos, dementes, en una palabra, atacados de enfermedad nerviosa ó de afección del encéfalo. Las estadísticas suministradas por muchos autores arrojan para la herencia una proporción de 25 á 28 por 100 (Landouzy, Briquet).

La hipocondría en su forma simple, es decir, no complicada con enajenación mental (lipemania), se trasmite de igual manera. La herencia de similitud, es bastante rara (tres veces por cada 81 casos, según Michéa). La herencia con metamorfosis es frecuente: lo que se ha dicho más arriba podría repetirse aquí. Notemos, por otra parte, que se considera la hipocondría como representante en los hombres, de lo que en las mujeres es el histerismo.

II

Entre las afecciones morbosas que nos interesan directamente, no hay ninguna en que la herencia se indique mejor que en el *suicidio*. Voltaire ha sido uno de

los que primero han llamado «la atención de los físicos» sobre este punto.

«He visto casi con mis propios ojos, dice, un suicidio que merece la atención de los físicos. Un hombre de una profesión seria, de edad madura, de conducta regular, que no tenía pasiones, que estaba muy lejos de la indigencia, se ha matado el día 17 de Octubre de 1769, y ha dejado al Concejo de la ciudad en que había nacido la apología escrita de su muerte voluntaria, apología que no se ha creído prudente publicar por temor de estimular con ella á los hombres á dejar una vida, de la cual tanto malo se ha dicho. Hasta aquí nada hay de extraordinario. Ejemplos como éste se ven en todas partes. He aquí lo sorprendente:

»Su hermano y su padre se habían matado á la misma edad que él. ¿Qué disposición secreta del espíritu, qué simpatía, qué concurso de leyes físicas hace perecer al padre y á los dos hijos por su propia mano y con el mismo género de muerte, precisamente cuando han llegado á la misma edad? (1)».

Desde Voltaire, la historia de las enfermedades mentales ha registrado gran número de hechos semejantes. Abundan en Gall, Esquirol, Moreau de Tours y en todos los alienistas. Esquirol ha conocido una familia en la cual se han suicidado la abuela, la madre, la hija y el nieto.

El mismo autor ha conocido á un negociante, padre de seis hijos, cinco varones y una hembra; de los primeros, cuatro se suicidaron, el quinto se volvió loco y curó. La hija tuvo un acceso de manía durante el cual intentó varias veces el suicidio. Puedo, añade Baillarger, completar la observación de Esquirol: uno de los nietos de aquel negociante, confiado á mis cuidados, ha intentado suicidarse dándose dos cuchilladas en el trayecto de las carótidas (2).

«Un padre de humor taciturno, dice Falret, tiene

(1) Voltaire, *Dictionnaire philosophique*, art. CATON.

(2) Baillarger, *Notas en el Griesinger*, trad. fr., p. 303.

cinco hijos: el mayor, á los cuarenta años, se arroja sin motivo desde un tercer piso; el segundo se estrangula á los treinta y cinco años; el tercero se tira por una ventana; el cuarto se mata de un tiro; un primo se ha arrojado al río por un motivo fútil. — En la familia Orotén, la más antigua de Tenerife, dos hermanas son atacadas de manía suicida; su hermano, su abuelo y dos tíos se han matado.»

Se podrían multiplicar los ejemplos á voluntad, porque, según la observación de Morel, «el número de los hechos del mismo género es prodigioso (1).»

Aquella circunstancia que admiraba á Voltaire — la herencia del suicidio á una edad determinada — ha sido notada muchas veces. «Un monomaniaco, dice Moreau de Tours, se da muerte á los treinta años; apenas llega á esta edad, su hijo es atacado de monomanía y verifica dos tentativas de suicidio. Otro, en la flor de la edad, es presa de melancolía y se ahoga voluntariamente; su hijo, de buena salud, rico, padre de dos hijos bien conformados, hace lo mismo á la misma edad. — Un catador que se ha equivocado acerca de la calidad de un vino, se arroja al agua, desesperado. Se le salva; pero, más tarde, ejecuta su resolución. El médico que había cuidado á este nuevo Vatel, supo que su padre, y uno de sus hermanos se habían suicidado á la misma edad y de igual manera.»

Este es, en efecto, otro punto que merece señalarse porque sirve para demostrar el carácter automático de la herencia: la *identidad del género de suicidio*. Acabamos de señalar varios casos; y resulta de comprobaciones hechas con este objeto, que con frecuencia el mismo género de muerte, es tradicional en una familia; unos se ahogan, otros se ahorean, otros se extrangulan, otros se arrojan por las ventanas (2).

(1) Consúltese: Esquirol, t. I, p. 580 y sig.; Lucas, t. II, 780; Moreau; *Psychol. morbide*, 171-174; Morel, *Traité des maladies mentales*, 402, etc.

(2) Véase Lucas, II, p. 782.

En ninguna parte la herencia morbosa se presenta con tan variable uniformidad, puesto que el suicidio de los ascendientes se repite en los descendientes, á la misma edad y con el mismo procedimiento; esto es, la fidelidad perfecta en la repetición (1).

III

Si pasamos á la enajenación mental propiamente dicha, los documentos que demuestran su herencia aumentan. La trasmisión se hace bajo forma parecida, ó por metamorfosis.

La herencia de semejanza es la menos frecuente, sin ser rara. Hé aquí algunos ejemplos. Como no hay universalmente admitida ninguna clasificación de las enfermedades mentales, nos limitaremos á los tipos principales.

Ante todo, una palabra sobre las alucinaciones. La *alucinación* se produce bajo dos formas principales: ó bien es el resultado del automatismo de los centros nerviosos, y es compatible con la razón más perfecta; la alucinación no va acompañada del error del juicio, está reconocida como una ilusión; el alucinado no es de ningún modo su juguete. O bien es completa, y entonces el enfermo cree en la realidad objetiva de sus percepciones imaginarias y obra en consecuencia; bajo esta forma tiene un primer síntoma de locura. La alucinación es hereditaria en una ó en otra forma.

«Se puede establecer, dice Brierre de Boismont (2), por la estadística, el poder de la herencia sobre las alucinaciones, porque en el mayor número de los casos

(1) No es preciso deducir de esto que la tendencia al suicidio no sufra nunca metamorfosis; le sucede menos que á ninguna otra; se transforma notablemente en tendencia homicida. Esta transformación se nota con frecuencia en el mismo individuo; el cual siente un irresistible deseo de matar á alguien, á él mismo, á los demás.

(2) *Des hallucinations*, p. 57.

van acompañadas de locura. Para apreciar mejor este influjo, se necesita estudiarlo en individuos que no tengan más que alucinaciones simples, y en los monomaniacos alucinados, que presentan una forma de locura muy ligera. Es indisputable que se observa con bastante frecuencia en los hijos de aquellos que han presentado esta doble condición».

Uno de los mejores ejemplos de alucinación hereditaria (sin enajenación) ha sido descrito por Abercrombie. «He conocido, dice, un hombre que ha estado asediado toda su vida por alucinaciones. Esta disposición es tal, que si encuentra un amigo en la calle, no sabe, al principio, si ve á una persona verdadera ó á un fantasma. Con mucha atención encuentra diferencia entre ellos. En general, corrige las impresiones visuales tocando ó escuchando el ruido de los pasos. Este hombre está en la fuerza de la edad, *sano de espíritu*, con buena salud y engolfado en los negocios. Otra persona de la familia tuvo la misma afección, pero en menor grado.»

En el Hospital de Lyon había un hombre atacado al mismo tiempo de la alucinación del gusto y del olfato; perseguido por olores y sabores infectos, pasaba horas enteras limpiándose la nariz y escupiendo. Su padre había muerto en el mismo Hospital de manía con alucinación.

Recordemos también la célebre *Visionaria de Prévorst*, Federica Hauffe, cuya historia ha contado Kerner y cuyas visiones ha recogido. Esta facultad de «conversar con los espíritus» era común á la mayor parte de los individuos de la familia Hauffe. Su hermano, sobre todo, la poseía, aunque en menor grado y sin la complicación de los fenómenos de éxtasis y de catalepsia de la visionaria (1).

En cuanto á las alucinaciones acompañadas de lo-

(1) Lucas, t. II, 769.—Abercrombie, *Inquiries on intellectual Powers*, p. 381. — B. de Boismont, *op. cit.*